

¡Querido lector!

Somos los hermanos Jakob y Lizzie Novis. Y ahora mismo nos encontramos en una situación terrible. Nuestra madre ha desaparecido, eliminada tras el ataque de Hitler a Polonia, o al menos eso nos han dicho. Pero no deberíamos contarte nada de esto. ¿Por qué?

- Porque trabajamos en Bletchley Park, lugar de descifrado de códigos ultrasecreto de Gran Bretaña.
- Porque hemos firmado la Ley de Secretos, que es muy molesta y nos prohíbe hablar de nuestra experiencia aquí.

Pero ¿de qué serviría una historia si nunca se puede contar? Tenemos entendido que tú no has firmado este juramento secreto, así que hemos pensado en compartir esta historia, escrita por Ruta Sepetys y Steve Sheinkin. Esperamos que la disfrutes.

Y, como hemos jurado guardar el secreto, no podemos decírtelo, pero después de leer el libro, quizá quieras volver a leerlo y ver si puedes encontrar un mensaje oculto en el texto. ¿Te apetece intentar descifrar un poco? Si necesitas ayuda, encontrarás más información al final.

¡Gracias, compañeros descifradores!

Jakob Novis & Lizzie Novis

**RUTA SEPETYS
Y STEVE SHEINKIN**

**EL
ENIGMA DE
BLETCHLEY**

Traducción de:
ÁLVARO ABELLA

MAEVA
RED

Para los guardadores de secretos

1.

JAKOB

Lo primero es lo primero: un acertijo.

Un viajero cruza una frontera y se adentra en territorio enemigo. Estamos hablando de hace siglos: tiempos antiguos, reinos en guerra, ese tipo de cosas. El viajero es detenido por unos soldados cuya tarea es asegurarse de que nadie lleve mensajes secretos. Registran al hombre, lo desnudan, le pasan los dedos por el pelo.

El hombre está limpio. Se vuelve a poner la ropa y sigue su camino.

Pero *sí* lleva un mensaje oculto.

¿Dónde? Os he dado una pista.

No, no es en su cerebro. Ni dentro de su cuerpo, aunque eso podría funcionar. Es una clásica artimaña de espías, como en esa anécdota de la Revolución americana en la que un espía británico es capturado tras colarse entre las líneas americanas. Los yanquis sospechan que lleva secretos. Lo obligan a beber una poción horrible y lo siguiente que sabemos es que el pobre tipo está evacuando por arriba y por abajo. Como era de esperar, expulsa una bala de plata. No es una bala común, está hueca y se puede desenroscar. Dentro hay una notita doblada.

Pero nuestro viajero no lleva encima ningún artilugio de espías. Nuestro hombre continúa su viaje. Camina durante horas. Al final, en lo profundo del bosque, en el lugar acordado, se encuentra con un cabecilla rebelde, aliado de su rey. El viajero le pide un cuchillo muy afilado. Se lleva la hoja a la cabeza... y comienza a afeitarse el pelo.

El mensaje secreto está escrito en su cuero cabelludo.

Nunca olvidaré cuando le conté esta historia a mi hermana. Lizzie tenía seis o siete años, y se pasó varias semanas pidiendo a todos los adultos que veía que se agacharan para poder buscar textos ocultos en sus cabezas. Informó al señor Davies, nuestro vecino de enfrente, de que nunca jamás podría ser espía.

«¿Por qué no?», quiso saber el hombre.

«Porque no tiene usted pelo», le respondió.

Davies se sintió muy molesto. Tal vez soñaba con convertirse en espía. Tal vez lo fuera. Es posible, hoy en día ya no es necesario tener una bonita pelambrera. Ya veréis, la gente ha encontrado mejores formas de enviar secretos que escribiéndolos en la cabeza de los demás.

Por supuesto, cuanto más ingenio se ponga en esconder secretos, más duro trabajaremos las personas como yo para descubrirlos.

2.

LIZZIE

Permitidme que os explique algo.

Estoy contando mentiras.

Y, para mi sorpresa, se me da bastante bien. Nunca imaginé que a la edad de catorce años destacaría en el engaño. Pero estos días, hasta mi poderosa imaginación se ve superada por muchas cosas: que Inglaterra se encuentre a punto de ser invadida por Alemania, por poner un ejemplo; el hombre sudoroso que tengo delante, por poner otro.

—Mis disculpas, señor Fleetwood. No me daba cuenta de lo mucho que le he hecho caminar hoy.

Esa era una de las mentiras, por supuesto. El paseo había sido una caminata mortal. Una estratagema para asegurarme de que el hombre acabase bien exhausto cuando subiésemos al barco y entrásemos en nuestro camarote.

Fleetwood, mi escolta durante el viaje, sumerge sus pies hinchados y llenos de ampollas en una cazuela con agua. Unos pies bastante pequeños para un cuerpo tan voluminoso. Se seca una línea de sudor de la frente. Su cara está tan rosada que parece un jamón cocido.

—¡Santo Dios! La Abu no mencionó que padeciese usted de los pies —le digo.

—No padezco de nada. Y no le contarás nada de esto a tu abuela. Es solo que no estaba preparado para recorrerme todo Liverpool.

Se afloja la corbata y se pone cómodo con una bebida.

—Espero que pueda comprender mi melancolía —digo mientras posiciono mi maleta en un punto donde seguro que se tropezará con ella—. Hoy era la última vez que veía Inglaterra antes de zarpar rumbo a América.

—¿Y de quién es la culpa? —exclama, agitando un dedo hacia el techo de nuestro camarote.

—Es culpa de Hitler. —Asiento diligente—. Esta guerra es culpa de Hitler. Que tenga que irme es culpa de Hitler. Esta máscara de gas que llevo todo el tiempo —alzo la voz para que tenga más efecto—, ¡culpa de Hitler!

Es la respuesta que quiere.

Tened en cuenta que no uso la palabra «creo». Porque no lo creo. Lo sé.

Otra ventaja de la sabiduría propia de los catorce años: hay muchas cosas que una sabe, sin más. Como la terrible realidad de que muchos británicos que parten a la guerra morirán en la guerra. O el hecho de que al señor Fleetwood le guste demasiado darle tragos a su botella de Old Schenley. Cuando cuento cosas así, la gente suele decir: «Vaya, qué precoz eres, Elizabeth».

Pero seamos honestos, ¿vale? Cuando las personas adultas le dicen a una niña o a una adolescente que es precoz, lo que en realidad están diciendo es: «Por favor, no digas eso en voz alta».

Pero yo digo la mayoría de las cosas en voz alta.

Me gusta ser directa. Mi hermano mayor, Jakob, era directo. Antes de que Willa desapareciera, claro. Willa es nuestra madre. Murió en un bombardeo, nos dijeron. Una falsedad que me niego a aceptar. Ya no me refiero a ella como «madre» porque ahora ya no está aquí para hacer de madre para mí. De modo que es más fácil, y duele menos, llamarla por su nombre de pila.

¿Precoz? Es probable.

Willa es americana. De un lugar muy pijo llamado Cleveland. Algunos dicen que eso explica por qué soy tan directa, porque soy medio americana. Pronuncian la palabra «americana» como si fuera algo escandaloso. Eso me encanta. A Willa también le encantaba.

Por supuesto, algún día llegaré a América y conoceré a chicas escandalosas de verdad. Me imagino que Cleveland estará bien servida de ellas. Pero nunca he estado en América. De pequeña, la Abu venía siempre a Londres porque Willa trabajaba todo el tiempo. Y ahora ella se piensa que me dirijo apresurada a su encuentro. Igual que su mayordomo, el señor Fleetwood, un tipo con los pies llenos de hongos.

Pero no es así. Por supuesto que no.

Willa es la única progenitora que nos queda a Jakob y a mí. Prometí descubrir la verdad sobre su desaparición. Así se lo dije a mi hermano en mi correspondencia. Pero Jakob no ha respondido a ninguna de las cartas que le he enviado a la curiosa dirección que me proporcionó. No he sabido nada de él... desde hace más de tres meses. Primero desaparece Willa y ahora, mi hermano. Me niego a abandonar Inglaterra hasta descubrir el paradero de ambos.

—Señor Fleetwood, ¿le gustaría acompañarme a dar un paseo por cubierta antes de partir?

—No, no —responde—. Acabo de servirme una copa.

—Sí, quizá sea mejor que descanse usted las piernas. Es un barco pequeño, pero la Abu ha sido muy amable al reservarnos una *suite* tan grande, ¿no cree? —sigo charlando, pues he descubierto que mi parloteo lo agota—. ¿Será usted capaz de soportar su malestar? No sé si dejarlo. —Me llevo una mano al pecho—. Aunque sea por un momento.

—¡Estoy bien! —insiste. Su baño de pies ahora se tiñe de rosa por el llanto de sus ampollas. Perfecto.

—Está bien. Me gustaría agitar mi pañuelo mientras zarpamos. Un viaje transatlántico para escapar de la invasión

alemana... ¡Es todo tan emocionante! —digo con entusiasmo—. Volveré y desharé mi maleta tan pronto como podamos.

—Muy bien, Elizabeth.

Salgo de la cabina. Doblo la esquina en el pasillo. Respiro de forma profunda.

Y luego echo a correr.

Lo más rápido que puedo, esquivando a un encargado de equipaje, saltando sobre las maletas y ganando velocidad en el aire. Bajo una escalera y luego otra. Supero los últimos cinco escalones de un salto. Aterrizo con las nalgas sobre lo que parece ser una caja dorada propiedad de una mujer con cara de pavo real.

—¡Mi sombrero! —exclama.

—Le pido disculpas —digo mientras saco mi trasero de su caja aplastada—. Pero tengo mucha prisa.

Y salgo disparada.

—¡Señorita! —brama el pavo real—. Señorita, ¿qué demonios está haciendo?

Su voz se apaga mientras veo la salida cerca.

¿Qué estoy haciendo?

Estoy contando mentiras. Y escapándome.

Y, la verdad, me siento un poco mal por ello. Ha sido demasiado fácil. Pobre señor «Feetwood*», como lo llama mi hermano.

Está claro que no tiene experiencia con adolescentes.

Está claro que no tiene ni idea de lo que estoy a punto de conseguir.

Está claro que es un mal escolta.

Porque el barco de vapor zarpará rumbo a América.

Pero, cuando eso suceda, yo estaré corriendo de regreso a Londres.

* Literalmente, «Pies de madera» (*N. del T.*).

3 .

JAKOB

Bajo a trompicones las escaleras de la estación de tren y corro a toda velocidad por el andén, persiguiendo los vagones en movimiento como el héroe de aventuras más enclenque del mundo. Me lanzo hacia una puerta, me monto de un salto, tropiezo y caigo en el regazo de un caballero sentado.

—Bonita tarde —digo.

El hombre suelta un gruñido irritado y vuelve a su periódico.

Dejo al caballero con su lectura y echo a andar por el pasillo en busca de un asiento. Estoy sudando. Y jadeando.

Y me pregunto qué ha hecho mi hermana esta vez.

Esto es lo que sé: se supone que Lizzie está de camino a Estados Unidos. Por alguna razón, no ha ido. En cambio, se presentó en la dirección de Londres que uso para el correo preguntando por mí. De modo que tengo que ir a traérmela. Esas fueron las palabras exactas del Coronel cuando me hizo personarme en su despacho esta mañana.

—¿A traérmela, señor? —pregunté. Está claro que no conoce a mi hermana.

—A traértela, sí —espetó el Coronel—. ¿Qué parte de esa orden no está clara? Y, por el amor de Dios, haz que se esté calladita hasta que volváis aquí.

—Lo intentaré.

—¿Qué le has contado sobre tu trabajo aquí?

—Nada, señor —dije con una voz que me salió más aguda de lo que me hubiese gustado—. Le proporcioné la dirección que nos dijeron que usáramos. La falsa, en Londres. Ella me ha escrito algunas veces, pero he estado muy ocupado y, para serle sincero, hace mucho que no nos llevamos...

El Coronel ya había vuelto a los papeles de su escritorio. Conversación terminada.

De modo que corrí a la estación de tren y ahora me dispongo a traerme a Lizzie. ¿Qué le diré? ¿Cómo puedo prepararla para el extraño lugar al que voy a llevarla?

No puedo. Lo sé. A menos que quiera que me fusilen por traición.

Desde la estación de Euston en Londres, tomo un taxi hasta el Ministerio de Asuntos Exteriores, un edificio de piedra blanca que ocupa toda una manzana. El conductor acepta esperarme. Subo corriendo las escaleras y entro en el imponente recibidor. Me indican que suba a un despacho del tercer piso. La puerta de la oficina está abierta.

Y allí está ella.

Esos ojos brillantes. El cuerpo fibroso y el cabello castaño electrizado. ¿Cuántos años tendrá ya? ¿Catorce?

¿Y quién es ese pobre hombre del traje marrón?

4

LIZZIE

Un hombre de mediana edad con un holgado traje marrón está sentado en un escritorio. Parece a punto de echarse a llorar de frustración.

—Caballero, solo le estoy diciendo que a un hombre no le hace ningún favor un traje que no le queda bien.

—¿No deberías estar en alguna escuela por ahí? —se burla.

—Mi escuela fue evacuada a Berkshire. Voy a echar de menos a mis amigas, pero estoy muy emocionada por una nueva aventura. Mi abuela me llamó para que me fuese a vivir con ella a Cleveland, pero ese barco ya zarpó, ya ve. Va con segundas, ¿eh?

Una figura delgada como un palo y con una mata de rizos castaños asoma por la puerta. Mi hermano.

—¡Jakob! —exclamo, saltando de la silla con alivio. Lo envuelvo entre mis brazos y le doy un achuchón—. ¡Santo Dios, qué delgado estás! Un muslo de pato tiene más carne.

—¿Eres tú el hermano? —pregunta el hombre—. ¡Ya era hora!

—Sí. Jakob Novis. Me ha costado un poco. Vengo de... Tuve que viajar desde...

—Ya sé de dónde vienes —gruñe el hombre.

—Pues yo no lo sé. ¿De dónde vienes? —pregunto. Mi hermano me manda callar con la mirada.

El hombre observa a Jakob de arriba abajo y yo también. Está más alto de lo que recordaba, pero sigue teniendo cara de niño. Sus pantalones y su chaqueta están arrugados. La corbata, mal anudada. Unas medialunas de tono gris claro rodean sus cansados ojos marrones y sus rizos desaliñados están más largos de lo habitual. ¿Ha estado durmiendo en la calle?

El hombre del escritorio no parece demasiado impresionado.

—Por lo que veo, ahora contratan a niños.

—Tengo diecinueve años, señor.

—Bien por ti. Igual algún día hasta empiezas a afeitarte.

Jakob se lleva una mano a su barbilla lampiña.

—Sí, parece más joven de lo que es. Siempre ha sido así —intervengo—. Pero ándese con cuidado, es brillante, aunque no lo demuestre. Es capaz de ganarle al ajedrez con tres movimientos.

—Sí, bueno —dice Jakob, ignorándose—, me ordenaron que viniera a por mi hermana y que me la llevara de vuelta conmigo.

—¿Perdona? —Me llevo las manos a las caderas—. ¿Llévartela?

—Se presentó hace unas horas —dice el hombre—. Preguntando por ti, haciendo un sinfín de preguntas y siendo un perfecto incordio.

—Sí —suspira mi hermano—. Eso se le da bien.

—¿Qué se suponía que debía hacer, Jakob? No respondías a mis cartas.

—He estado un poco ocupado.

Me duele. ¿Mi hermano está demasiado ocupado para preocuparse por mí? ¿Cree que soy un incordio?

—¿Sabes? —se queja el hombre—. Podría dar un parte. Salí un momento y cuando volví la encontré hurgando en los cajones de mi escritorio. ¡Intolerable!

—Lo que es intolerable, caballero, es su falta de organización. He realizado mejoras sustanciales en su bandeja de lápices. —Me vuelvo hacia Jakob—. Dices que has estado ocupado. Ocupado, ¿haciendo qué?

Mi hermano mira al hombre del escritorio, luego a mí.

—Tenemos que irnos. Tengo que volver —dice.

—¿Volver a dónde? —pregunto. No hay respuesta.

Me giro hacia el hombre del traje ancho.

—¿Ve? Esto es lo que le estaba diciendo. Mi hermano era un chico estudioso pero hablador. Muy inteligente. Lo adelantaron dos cursos enteros. Rarito pero adorable.

—Le aseguro, señorita, que no tengo ningún interés...

—Pero ahora se ha vuelto tan distante... —continúo—. Críptico. Un verdadero enigma.

A Jakob se le corta la respiración y su mano choca contra un archivador. Una pila de documentos cae al suelo.

El hombre hunde la cabeza entre sus manos.

—Mis disculpas, señor. Ya nos vamos —dice mi hermano. Sale furioso del edificio y tengo que correr para seguirlo.

—Jakob, ¿qué diantres te pasa? —grito mientras bajamos corriendo las escaleras—. ¡Jakob, espera!